

Mons. Romero: “Padre de los pobres”. Un beato muy incómodo

Rodolfo Cardenal S. J.*

Palabras claves

Mons. Romero, beatificación, Iglesia salvadoreña, profecía, martirio, teología de la liberación, comunidades eclesiales de base

Resumen

El entusiasmo por la beatificación de Mons. Romero es incapaz de ocultar que el arzobispo mártir es un beato muy incómodo para ciertos sectores sociales salvadoreños. Esa incomodidad ha conducido al Gobierno y a cierto sector eclesiástico a crear dos mitos, uno nacionalista y el otro espiritualista, que lo hagan aceptable. El gran desafío que plantea Mons. Romero es su dimensión profética, la razón última de su martirio. Su fidelidad al Dios de Jesús y a su reino lo llevó a la profecía, y esta al martirio.

* Director del Centro Monseñor Romero y catedrático del Departamento de Teología, UCA.

Una de las razones por las cuales, aparentemente, el martirio de Mons. Romero ha tardado más de tres décadas en ser reconocido oficialmente por la Iglesia es el temor a que contribuyera a dividir aún más a la sociedad y a la Iglesia salvadoreña. El presupuesto es que debía ser motivo de unidad; al menos, que su beatificación fuera aceptada sin aumentar la división y no fuera cuestionada. Por eso, mientras la autoridad eclesiástica pensó que el arzobispo era bandera de una izquierda presuntamente revolucionaria, socialista o comunista, se resistió a declararlo mártir; en parte, para no provocar la protesta de la derecha neoliberal, por lo general católica o, al menos, afín a la jerarquía eclesiástica; y en parte, para no dar nuevo impulso a la teología de la liberación, al movimiento de las comunidades eclesiales de base, a la Iglesia de los pobres, etc.

La intención aparente fue evitar la polémica que, sin duda, suscitaría una beatificación cuestionada por el ordenamiento neoliberal y por cierto sector de la Iglesia salvadoreña, un peligro que no se presenta cuando el creyente llega a los altares muchas décadas e incluso siglos después de su muerte. Pero entonces, por lo general, ya no interpela a la sociedad ni a la Iglesia. Así, pues, el proceso de beatificación fue detenido con diversos pretextos. Cuando estos se agotaron, llegó a la sede del obispo de Roma el actual papa Francisco, que no ha dudado de la santidad de Mons. Romero, y la presión social, o el consenso eclesial, *sensus fidelium*, en sentido teológico estricto, ya era demasiado amplio e intenso como para continuar ignorándolo más tiempo.

No obstante los denodados esfuerzos eclesiásticos, el reconocimiento formal del martirio de Mons. Romero no ha contribuido a superar la división de la sociedad ni tampoco, al menos en cierto sentido, la de la Iglesia salva-

doreña. Hubo obispo que no solo prohibió hablar de él en su diócesis, sino que también se opuso abiertamente a la beatificación e, incluso, difamó al arzobispo en presencia de Juan Pablo II¹. Más recientemente, otro ha firmado a regañadientes la carta en la cual la conferencia episcopal solicita formalmente al papa la beatificación. Algunos párrocos borraron murales de los presbiterios y de las fachadas de los templos, donde figuraban Mons. Romero y el P. Rutilio Grande, y no toleraron que las comunidades parroquiales hicieran memoria de esos mártires ni de ningún otro.

El obstáculo más grande para que Mons. Romero se convierta en el deseado factor de unidad social y eclesial es su dimensión profética. En realidad, Mons. Romero es un beato muy incómodo. Tampoco podía ser de otra manera. Ha sido piedra de tropiezo y de escándalo para los poderes del mundo y también para la Iglesia institucional mundanizada. El reconocimiento de Mons. Romero como "piedra angular" de la Iglesia de Jesucristo, mediante la beatificación, ha colocado a esos poderes en un difícil brete, solo superable por la conversión, esto es, volverse hacia los pobres.

Los pobres, que constituyen la mayoría de la Iglesia salvadoreña y las víctimas de la violencia represiva del Estado, nunca dudaron de la santidad de Mons. Romero. En él encontraron un defensor incondicional, una razón para confiar en la Iglesia y un motivo para esperar en un futuro abierto. Nunca olvidaron que siempre estuvo de su lado, aunque en varias ocasiones les señaló sus desatinos. Esos pobres, víctimas de injusticias y violencias sin cuento, han recibido la beatificación como la reivindicación definitiva de su lucha y de su esperanza. Por eso, la beatificación no podía obviar ese fuerte contraste social y no lo obviará hasta que la realidad que evidencia no

1. El obispo de Santa Ana responsabilizó a Mons. Romero de los muertos de la guerra civil, durante una comida con el papa, en la nunciatura de San Salvador.

sea transformada por la conversión al reino de Dios. Hasta entonces, la unidad es una utopía por construir.

La ideología salvó la situación, al menos provisionalmente, para aquellos a quienes la beatificación colocó en posición muy embarazosa. Pero como no pueden reconocer al Mons. Romero de la Carta Apostólica del papa Francisco sin sentirse interpelados a reconocer su pecado y a emprender el camino de la conversión, han debido construir una imagen de Mons. Romero que evite ese inconveniente casi insalvable. De esa manera, se han formulado dos versiones ideológicas del arzobispo profeta y mártir, una nacionalista y la otra espiritualizada. Mediante hábiles deshistorizaciones, ambas versiones se esmeran por hacer aceptable la incómoda figura del arzobispo. La versión nacionalista es obra de los ideólogos del Gobierno, que se esfuerzan por ocultar las aristas del profetismo de Mons. Romero para convertirlo en un héroe nacional. La versión espiritualizada es obra de la autoridad eclesiástica, que también intenta limar esas aristas para convertirlo en principio de unidad nacional. El resultado es una versión deshistorizada de Mons. Romero, "aguada" ha dicho alguno, en buen salvadoreño. Finalmente, está la versión del pueblo salvadoreño que, pese a esos intentos de ideologización, ha permanecido fiel al arzobispo real.

1. La versión nacionalista

Casi inmediatamente después del asesinato de Mons. Romero, el Gobierno, con la colaboración de las empresas mediáticas, se propuso relegarlo al olvido. Ni siquiera se permitió que fuera sepultado conforme a su dignidad arzobispal. El Gobierno pretendía que el arzobispo pasara a engrosar la ya larga lista de asesinados y desaparecidos. Lo consiguió con el obispo castrense, Mons. Joaquín Ramos, asesinado en 1993. El homicidio del

arzobispo no solo no fue investigado, sino que la poca evidencia que se pudo reunir bastante empíricamente fue destruida por los escuadrones de la muerte con la connivencia del Gobierno, del ejército y del sistema judicial. En este sentido, el asesinato de Mons. Romero ha corrido la misma suerte de decenas de miles de asesinados y desaparecidos de la guerra civil y también de la postguerra, que tampoco han sido investigados. Mons. Romero no solo fue víctima de la misma represión que castigó al pueblo salvadoreño, sino que también, al igual que a este, se le ha negado la justicia. Pero no fue olvidado.

Algunas autoridades eclesiásticas participaron activamente en ese esfuerzo por olvidar a Mons. Romero. Aduciendo razones poco claras, su cuerpo fue retirado de la nave oriental de la catedral, donde había sido sepultado apresuradamente, y trasladado a la cripta, donde permaneció durante varios años en una sepultura muy sencilla, ubicada en el acceso occidental. El traslado dificultó la afluencia de peregrinos, que acudían deseosos de visitar su tumba. La conmemoración del martirio y del natalicio, cada año más concurridas y extendidas, era mirada con sospecha por la institucionalidad eclesial, que la toleró a regañadientes. El numeroso grupo que se reunía en la cripta de la catedral, alrededor de su tumba, para celebrar la eucaristía dominical, enfrentó un sinnúmero de dificultades. Pero la desmemoria no pudo con la obstinación de las comunidades eclesiales de base, que sobrevivieron a la guerra civil, de las Carmelitas Misioneras de Santa Teresa, del Hospital Divina Providencia², que cuidaron cariñosamente de él tanto en vida como en muerte, pues conservaron sus pertenencias personales, de la Fundación Romero, presidida por Mons. Ricardo Urioste, y del Centro Monseñor Romero de la UCA. Todos ellos guardaron su memoria y, gracias a ellos, esa memoria no solo se mantiene viva, sino que ha creado una tradición muy particular.

2. El Hospital Divina Providencia, conocido como el "Hospitalito", fue fundado y es dirigido por las Carmelitas Misioneras de Santa Teresa.

La intervención de Roma, que declaró a Mons. Romero mártir y beato de la Iglesia católica, obligó al Gobierno a elaborar su propia versión del arzobispo. Así, el Gobierno del FMLN proyectó un Mons. Romero nacionalista, hecho a la medida del nacionalismo frívolo. Satisfecho de su obra, se congratuló de su creación ideológica. Los Gobiernos de Arena se mantuvieron alejados del arzobispo, muy probablemente porque el fundador del partido ha sido señalado, por investigaciones independientes, como el autor intelectual del asesinato. En cambio, los Gobiernos del FMLN se apropiaron de él con la idea de derivar credibilidad y legitimidad de su figura. El Gobierno de Funes se jactó de que sus políticas se inspiraban en las enseñanzas de Mons. Romero, colocó su imagen en sitios públicos destacados, como el aeropuerto internacional, al cual le puso el nombre del arzobispo, y en Casa Presidencial. De tal manera que, en las fotografías oficiales, el presidente aparece debajo de un inmenso cuadro del arzobispo. La versión nacionalista lo presenta como un salvadoreño heroico, motivo de orgullo para el pueblo salvadoreño y, por eso mismo, factor de unidad nacional. De esa manera, ha colocado al arzobispo mártir al nivel de los próceres nacionales o de la selección nacional de fútbol ("La selecta"), construcciones ideológicas que suscitan fuertes emociones viscerales, que tienen la virtud de hacer desaparecer todas las diferencias y de crear una unidad trivial, pero no por eso menos efectiva, mientras dura el encantamiento.

Las grandes empresas mediáticas han sido determinantes en la creación y la difusión de esa versión nacionalista del arzobispo. En efecto, concedieron espacios amplios y destacados a sus datos biográficos, a testimonios de familiares y de personas que lo conocieron, todo ello acompañado de muchas fotografías. Sin escrúpulo ni remordimiento, olvidaron su participación en la instigación de su asesinato, en sus editoriales, titulares, notas informativas, pie de fotografías y desplegados, calzados

por organizaciones fantasmas, vinculadas a la oligarquía y al ejército, con la connivencia de la dirección de dichas empresas mediáticas. Después del asesinato, contribuyeron de igual manera a su encubrimiento y al de los hechos ocurridos en su funeral. Ni siquiera se han atrevido a dar una explicación sobre este asombroso cambio de postura, ya que no parecen dispuestas a pedir perdón. Podrían haber alegado qué generación dirige esas empresas, en la actualidad, pero entonces se olvidarían de su responsabilidad corporativa. Asimismo, algunas empresas multinacionales difundieron sendas felicitaciones al Gobierno y al pueblo salvadoreño por el beato, olvidando también que sus prácticas están reñidas con las enseñanzas del arzobispo y de la Iglesia.

Más allá de intereses inconfesables y del sano sentimiento de orgullo, la versión nacionalista del arzobispo carece de fundamento histórico. Indudablemente, Mons. Romero fue un "patriota" sincero, en el sentido tradicional. "¡Y es tan bonito el Salvador!", exclamó lleno de sano orgullo nacional el 1 de enero de 1978³. Pero al mismo tiempo reconocía que no era fácil amar "tan entrañablemente a nuestra patria", porque "[l]a vemos a veces tan fea, nos sentimos tan desubicados en nuestra propia patria, que muchos prefieren mejor irse a otros lados; no sienten el hogar, no sienten la tradición, no sienten la alegría de la propia sangre, de sus propios paisajes, de la belleza de su tierra" (1 de enero de 1978). "La maldad del sistema", presidido por "ese dios Moloc, insaciable de poder, de dinero, que con tal de mantener sus situaciones no le importa la vida ni del campesino ni del policía ni del guardia, sino que lucha por la defensa de un sistema lleno de pecado" (30 de abril de 1978). De ahí que, el arzobispo pidiera para "la nación de El Salvador [...] verdaderos espíritus patrióticos", que "no traicionáramos, por acomodarnos a situaciones de política o de economía o de sociedad, el verdadero interés del pueblo" (1 de enero de 1978).

3. Las citas de las homilias están tomadas de la edición crítica de UCA Editores.

El Salvador es su pueblo, a él dedicó sus mejores esfuerzos y, en definitiva, su vida. Y por lo que toca a los Gobiernos del FMLN, su práctica política y social es ajena a las enseñanzas de Mons. Romero, pues no ha hecho otra cosa que consolidar el neoliberalismo globalizado, eso sí, acompañado de unas cuantas medidas sociales, que encubren su verdadera naturaleza depredadora. Quizás por eso tampoco han derivado la legitimidad que esperaban de su figura. En realidad, la versión nacionalista en ningún momento se ha propuesto ser fiel al Mons. Romero histórico. No se trata de veracidad, sino de utilizarlo para fines aviesos.

Prueba de ello es que esos dos Gobiernos, que alegan inspirarse en el arzobispo mártir, no han cultivado la verdad. No solo no se han interesado por esclarecer su asesinato y los hechos ocurridos en su funeral, sino que, al contrario, han entorpecido la investigación. Han tenido varias oportunidades para impulsar la investigación, pero las han evadido con artimañas y argumentos similares a los de Arena. No solo no se han atrevido a derogar la amnistía encubridora, sino que además presionan para que la Sala de lo Constitucional no la declare inconstitucional. En buena medida porque la impunidad resguarda a algunos de sus dirigentes. Una situación embarazosa, que pudo evitarse, si las partes de los acuerdos de 1992 hubieran aceptado la recomendación de la Comisión de la Verdad, que pedía inhabilitar a los responsables de violaciones de derechos humanos, señalados por su nombre en el informe, para ocupar cargos públicos. Ciertamente, los Gobiernos del FMLN han pedido perdón, pero es un perdón vacío, porque han contribuido a encubrir la verdad y, por lo tanto, a mantener la injusticia. En este contexto de mentira institucionalizada, resuenan proféticamente las palabras de Mons. Romero de la homilía del 12 de abril de 1979: “No puede haber amor donde hay mentira. Y falta en nuestro ambiente la verdad. Y cuando la verdad se dice, ofende y se callan las voces que dicen la verdad y estorba esa voz”.

El derecho a la justicia también ha sido negado a las víctimas de las violaciones de los derechos humanos. Son las mismas víctimas cuya defensa asumió Mons. Romero, porque los Gobiernos militares de entonces, en connivencia con Washington, las abandonaron al olvido. Por esa razón, el arzobispo pidió al Socorro Jurídico Cristiano tomar su defensa y él, por su lado, les reservó un lugar destacado en su homilía dominical, donde hacía memoria de cada una de ellas. Al garantizar la impunidad a los violadores de los derechos humanos durante la guerra civil, tanto los Gobiernos de Arena como los del FMLN han contribuido eficazmente a consolidar la cultura de la violencia, que caracteriza en la actualidad a la sociedad salvadoreña. Hoy como antaño, el Gobierno no puede garantizar la seguridad ciudadana y los homicidios y, en la práctica, casi todos los delitos permanecen impunes por falta de investigación policial, bien por incapacidad o desidia de la actuación, bien por venalidad de buena parte de los administradores de justicia, delito señalado ya en su tiempo por Mons. Romero y que entonces desató mucha polémica. De ahí que congratularse por la exaltación de Mons. Romero al mismo tiempo que se promueve activamente la impunidad es hipócrita.

La versión nacionalista de Mons. Romero cumple también con la finalidad de ocultar el despojo masivo ocasionado por el modelo económico neoliberal. Al Gobierno le resulta de mucha utilidad exaltar la figura de Mons. Romero para intentar la legitimación del régimen neoliberal, heredado de los Gobiernos de Arena, que solo produce ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres, que empuja a decenas de miles de salvadoreños a emigrar en busca de empleo y de oportunidades, aun con el riesgo grave de perder la vida, y que acorrala a decenas de miles de jóvenes de tal manera que provoca una protesta irracional, violenta y cruel organizada en pandillas.

La idolatría de la riqueza, responsable de ese despojo y de esas muertes, fue denunciada